

«Los sajones y los demás alemanes sublevados contra Enrique tuvieron una dieta en 9 de Agosto y eligieron por rey á Herman de Luxemburgo, el cual fué coronado en Goslar el dia 26 de Diciembre del año siguiente de 1082 por el arzobispo de Maguncia Irritado por esta causa Enrique, volvió nuevamente á Italia despues de haber reforzado sus tropas y destruyó muchas poblaciones, llegando en su furor al extremo de querer poner fuego á San Pedro, con el objeto de apoderarse más facilmente de la ciudad mientras que los romanos se ocupasen en apagar el incendio.

»En este tiempo el papa Gregorio celebraba un nuevo concilio en Roma. No fué numeroso porque muchos príncipes y obispos que debieron asistir se volvieron á sus casas al tener noticia de la odiosa tiranía de Enrique. Los obispos alemanes tambien se vieron imposibilitados de asistir, y así es que sólo hubo algunos de la Francia, de la Pulla y de la Campania. El santo Pontífice habló tan elocuentemente de la fé, de la moral cristiana, y de la fortaleza y constancia que era necesaria en la terrible persecucion que venia experimentando la Iglesia, que arrancó lágrimas á toda la asamblea. Al ver la indignidad con que Enrique violaba á cada paso sus juramentos, quiso excomulgarlo de nuevo, pero no lo hizo cediendo á las súplicas de los asistentes, aunque excomulgó á los que habian impedido á los obispos ir á Roma para asistir al concilio, ó los que los habian hecho prisioneros por orden del rey.

»Enrique empleó crecidas sumas con el objeto de ganar al pueblo de Roma, el cual le abrió las puertas de Letran el jueves ántes de Ramos que lo era el 21 de Marzo, é hizo su entrada con gran pompa acompañado del antipapa Guiberto. Inmediatamente cayeron en su poder los puntos más importantes de la ciudad, quedando muy pocas fortalezas en posesion del Pontífice. Gregorio se habia retirado con algunos señores que le eran adictos, al castillo de San Ángelo. El dia siguiente de su entrada en la ciudad, Guiberto fué entronizado dentro del palabio de Letran, y el dia de Pascua, 31 del mismo mes, Enrique recibió la corona imperial de mano de su Papa. «Así, dice un escritor, un falso Papa, estableció un falso emperador.» Este último fué declarado luego patricio de los romanos. El Capitolio estaba aun en poder de las tropas del Papa. Enrique lo mandó atacar, lo tomó y puso guarnicion en él. Despues

se dispuso el ataque del castillo de San Angelo. Esta empresa era más arriesgada y dificultosa, pero indudablemente lo hubiese tomado si Gregorio, valiéndose de mensajeros secretos no hubiese pedido á tiempo socorro á Roberto. Hallábase éste en la Pulla, é inmediatamente reunió un cuerpo de ejército de treinta mil hombres de infantería y seis mil de caballería, disponiéndose enseguida para marchar sobre Roma.

»Era Roberto el único hombre á quien temia Enrique en toda la Italia, y por esto habia puesto la ciudad en estado de defensa, principalmente por el monte Aventino, en el que colocó una fuerte guarnicion. Su ardiente deseo era vengarse de las humillaciones de Canosa, y si no se mostró terrible desde su entrada en Roma, fué por temor á Roberto. Este marchó precipitadamente á socorrer al Papa, el cual lo supo por un aviso secreto del abad de Monte Casino, lo que causó gran regocijo al santo Pontífice que se veia rodeado de tantos peligros y de tan numerosos enemigos. Enrique tambien supo la aproximacion de Roberto. Presentóse á sus tropas que sitiaban al Pontífice, les recomendó la vigilancia mas exquisita y ofreciéndoles premiarles segun sus merecimientos, acabó por decirles que asuntos de la mayor importancia le llamaban á la Lombardía, pero que volveria muy en breve. El miedo fué el que le sacó de Roma. El antipapa abandonó tambien la ciudad retirándose á Civita Castellana, desde donde pasó á Sena. En su marcha á la Lombardía, Enrique hizo experimentar á la condesa Matilde, los efectos de su ira, sin consideracion á los vínculos de la sangre que con ella la unian. Empero los desórdenes que por el mismo tiempo ocurrieron en Alemania, obligaron á Enrique á trasladarse á aquel país sin pérdida de tiempo.

»Los romanos adictos á Enrique quisieron impedir la entrada en la ciudad á Roberto, y á sus tropas, preparándose para la defensa. En vano Roberto que habia acampado delante de la puerta Latina pidió la entrada. Hubo un hecho de armas entre los partidarios del Papa y los de Enrique, y al fin abrióse la puerta Flaminia á Roberto y á su ejército, y como la multitud les saliese al encuentro para impedirles el paso, fué necesario hacer uso de las armas y las calles se sembraron de cadáveres. Los romanos quedaron vencidos y Roberto para castigar la traicion que habian hecho

al sumo Pontífice permitió á sus tropas el saqueo. Entonces tuvieron lugar escenas verdaderamente horrosas, en términos que los vencidos miraban la muerte como un especial beneficio. Como quiera que entre los soldados de Roberto iban muchos sarracenos, estos infieles fueron los que cometieron mas tropelias, violando las doncellas, asesinando multitud de personas y llevándolo todo á sangre y fuego. Por tres lados diferentes de la ciudad se manifestó el fuego, de suerte que muchos suntuosos edificios quedaron en montones de ceniza. Con grandes trabajos pudo el Papa librar del incendio algunas de las Iglesias, pero no pudo salvar las basílicas situadas en el cuartel de Letran, ni las iglesias de San Silvestre y San Lorenzo, que fueron presa de las llamas, perdiéndose cuanto habia dentro de estos edificios. Roberto estableció nuevamente á San Gregorio en el palacio de Letran, y en poco tiempo redujo á la obediencia del legítimo Papa á toda la ciudad de Roma.

»Apenas Gregorio se vió en libertad convocó un concilio en Roma, que fué décimo y último de los que en la misma ciudad se celebraron durante su Pontificado. Fué poco numeroso, y en él renovó la excomunion contra el emperador Enrique, el anti-papa Guiberto y sus partidarios.

»Después de celebrada esta asamblea, el Papa determinó abandonar á Roma, tal vez por no creerse en ella seguro, mucho mas cuando á causa de haber él llamado á los normandos para que acudiesen á su defensa le atribuian todos los males que habian experimentado. Fuesen pues, en compañía de Roberto á Monte-Casino, desde donde pasó después á Salerno, que era una plaza fortificada en la que podia estar con mas seguridad.

»Heinos dicho ántes que Enrique al retirarse de Roma, habia hecho experimentar á la condesa Matilde los efectos de su ira. Vamos á dejar al erudito y citado historiador de Gregorio VII, explicar el brillante hecho de armas de aquella mujer tan piadosa como intrépida. «Enrique, dice el dicho escritor, habia intimado á los obispos y margraves de la Italia superior, que reuniesen con la mayor prontitud un ejército bajo pretexto de volver á Roma, pero con el objeto real de tomar una estrepitosa venganza de Matilde.

»Esta astucia, léjos de engañar á la condesa, le sirvió de aviso, pues que reunió las tropas dispersas en los acantonamientos, y re-

solvió arrostrar la tempestad, aunque con fuerzas inferiores, porque en esta causa contaba con el auxilio de Dios. El piadoso Anselmo dió su bendicion al pequeño y valiente ejército, y desde entónces la condesa se creyó fuerte é invencible. El margrave Oberto mandaba los imperiales, en cuyas filas se contaban una multitud de señores, y tambien los obispos Eberardo de Parma y Gandolfo de Reggio, y el ejército era tan considerable que creian poder superar todos los obstáculos que se presentasen. En los primeros días de Julio, las tropas de Enrique entraron en el territorio de Módena, pero la fortaleza de Sobara las contuvo con una porfiada resistencia; la guarnicion permaneció inalterable, y los imperiales se vieron obligados á asentar sus reales. La condesa supo que las avanzadas estaban algo descuidadas, por lo que reunió precipitadamente la flor de sus guerreros, y se acercó al campo enemigo, con el proyecto de dar batalla, ó hacer entrar refuerzos en la plaza. Como la noche era muy oscura y sus soldados se hallaban ya casi junto al enemigo, Matilde colocada en el centro, dió orden de atacar.

»Al grito de *San Pedro* sus soldados se arrojaron en el campo de los sitiadores que se hallaban sumergidos en un profundo sueño. La carnicería fué atroz y más de un bravo pasó del sueño á la muerte. Oberto, no teniendo ya tropas á su alrededor, se batió cuerpo á cuerpo con el enemigo y fué gravemente herido: seis jefes y unos cien nobles lombardos de alta categoría fueron hechos prisioneros: quinientos caballos y un gran número de armas y el campo entero cayeron en poder de la atrevida condesa. Eberardo de Parma, fué cogido y despojado; y Gandolfo de Reggio casi desnudo se mantuvo oculto por tres días detrás de unas malezas. En pocas horas no se vieron más que los cadáveres y bagajes del enemigo, no habiendo tenido Matilde más que tres hombres muertos y un pequeño número de heridos. Este golpe atrevido y coronado con el éxito, realzó el valor del partido pontificio admirando hasta á los mismos enemigos la gloria, la prudencia y el espíritu firme y varonil de Matilde. Pero su placer se turbó por algún tiempo con la muerte de San Anselmo de Luca, director de la princesa. Era este un hombre de los más religiosos y honrados de su tiempo; fiel é inalterable en la fé, feliz en la piedad, incansable

en la oracion, y lleno de respecto y adhesion á la Sede de Roma. Anselmo habia sido educado bajo el régimen severo de la antigua disciplina: desde muy jóven se habia hecho hábil en la gramática, en la dialéctica, y sucesivamente se habia ejercitado en todos los conocimientos de su tiempo, de tal suerte, que el papa Alejandro le elevó á la dignidad de obispo y le mandó cerca de Enrique en calidad de legado: dejó el ejemplo de una virtud inalterable y de un celo ardiente de las cosas de Dios. Jamás la verdad vaciló en sus labios, jamás descuidó la oracion y el ayuno; así es, que Gregorio le tributó siempre la más alta veneracion.

»Anselmo se ocupó durante su vida en formar é iluminar su rebaño. Reprendido de Gregorio por haber recibido de Enrique el obispado, lo renunció para consagrarse á la vida monástica. Pero Gregorio le restableció en su Sede. Habia soportado con admirable resignacion, todas las desgracias de su vida, la pérdida de su dignidad, las amenazas y tambien los insultos de sus enemigos. Parco en la comida, pocas veces probaba platos delicados, ni siquiera el vino, y si se hallaba convidado pretextaba siempre una indisposicion ó el cumplimiento de un voto, para privarse de ello. Muy raras veces dormia en la cama, y con mucha frecuencia leia ó escribia durante la noche; por fin, cuando encontraba un libro bueno, lo leia con gusto y reflexion. Habia tomado á Gregorio por modelo y se habia constituido su brazo derecho en los asuntos eclesiásticos de la Lombardia, por lo que este, cuando Anselmo tocaba ya al término de su vida, le dió con el título de legado un poder ilimitado sobre todas las iglesias de la provincia. Y en efecto, todos los que se veian oprimidos y perseguidos, hallaban un padre y un protector en la persona de Anselmo, el cual prestó inmensos servicios á la causa de Gregorio. A vista de todo esto puede considerarse cuan grande fué la pérdida que la Iglesia experimentó por su muerte, y cuanto sentimiento arrancaría así al papa San Gregorio como á la piadosa condesa Matilde. Su muerte ocurrió en Mántua donde se hallaba por haberle arrojado los cismáticos de su iglesia.

»Es admirable la providencia del Señor en favor de su Iglesia: así en los tiempos en que disfruta de paz, como cuando se ve rodeada de tiranos que de mil maneras la afligen, aparecen almas

grandes, varones adornados de santidad, que sirven de espectáculo admirable al mundo, á los ángeles y á los hombres. Resplandeció en el siglo XI sobre la cátedra de San Pedro el gran Gregorio VII porque un varon de su talla era necesario para hacer frente á la gran iniquidad de los tiempos, y á los poderes de la tierra que no querian contenerse dentro de sus justos límites, y si hubo obispos que faltando criminalmente á sus deberes, se convirtieron en enemigos de la Santa Sede, tambien es consolador ver al mismo tiempo otros que como San Anselmo de Luca eran dechados de virtudes, prontos á derramar su sangre en defensa de la santa y perseguida Iglesia.

»Enrique á pesar de su derrota, se regocijaba de haber hecho tantos descalabros en Roma, y de haber conseguido que el papa Gregorio abandonase la corte Pontificia; y tambien por ver que en Alemania se le habian conservado fieles todos los obispos que con él habian sido excomulgados.

»El legado Oton celebró un concilio en Quedlimburgo, la semana de Pascua, al que asistieron, entre otros prelados, los obispos de Magdeburgo, Salzburgo, Halberstadt, Wutrzbutgo, Worms, Merseburgo, Ceitz, Misnia, Verdun, y Minden, enemigos todos de Enrique y acérrimos partidarios del papa San Gregorio. Entre los concurrentes se hallaba tambien el rey Herman, rival de Enrique. Declaráronse nulas todas las ordenaciones hechas por los excomulgados, y fué anatematizado el antipapa Guiberto con otros once obispos y cardenales. Entre otras disposiciones se prohibió el uso de los huevos y del queso en Cuaresma. Se prescribió la continencia á los clérigos constituidos en órdenes sagradas, y la autoridad del Papa fué defendida con el mayor calor. El presidente Oton hizo un elocuentísimo discurso defendiendo el primado de la Sede de Roma, apoyándose en las constantes decisiones de los Padres de la Iglesia, y sentando por principio que nadie tiene derecho de revisar los juicios del Soberano Pontífice, y de juzgar despues de ellos. La asamblea aplaudió y confirmó esta proposicion. Entre algunos partidarios de Enrique que se hallaban presentes, se levantó un clérigo atrevido de Bamberg, llamado Guiberto, y sostuvo que los obispos de Roma se habian atribuido ellos mismos este primado que nunca habia sido reconocido como un de-

recho inherente á su dignidad, y que era falso que nadie pudiese examinar jurídicamente su sentencia y que no estén ellos mismos sujetos al juicio de otros. La voz de este indigno eclesiástico fué ahogada por las aclamaciones en que prorrumpieron á favor de Papa los obispos.

»Los excomulgados en este concilio fueron además del anti-papa Guiberto, Hugo el Blanco, Juan de Porto y Pedro, Canciller de la Iglesia romana, Liemar, arzobispo de Brema, Udon, obispo de Hildeseim, Oton de Constancia, Burchardo de Basilea, Herman de Espira, Norberto de Loire, Sigefredo de Augsburgo, y Wecilon de Maguncia.

«Estos prelados que acabamos de mencionar se hallaban al mismo tiempo en Maguncia, donde celebraban un conciliábulo en el cual anatematizaban á los prelados partidarios del papa Gregorio, porque Guiberto había mandado legados á dicho punto.»

»Siendo una verdad comprobada por la historia, dice el mismo escritor en otra obra, que San Gregorio VII al sentarse en la silla de San Pedro, halló el mundo en una confusión espantosa, y que la Iglesia parecía una nave combatida por la más desecha borrasca, ¿quién puede dudar ni por un solo momento, que él fué el hombre providencial colocado por Dios en la cátedra de San Pedro, para contrarrestar la ignorancia y la malicia de su tiempo? Este gran Pontífice luchando con su siglo, consolidó su poder, y salvando á la nave del naufragio, sacó á salvo de en medio de tantos peligros la Religión cristiana, y con ella la civilización. Porque hacia falta á la Iglesia un hombre de su temple de alma, de una energía como la que supo desplegar, le suscitó el Señor en tiempos tan calamitosos. El gran proyecto de Gregorio VII fué emancipar la Iglesia que el imperio había tiranizado. En esta senda hizo grandísimos adelantos: su siglo fué de lucha; mas tarde en el siglo XIII, la iglesia de Roma bajo el pontificado de Inocencio III, aparecerá rodeada de esplendor y de gloria. Al leer la historia del monje Hildebrando, de ese gran pontífice de la Edad Media, no podemos menos de admirar reunidos en él todos los caracteres que deben adornar á los que tienen la augusta misión de estar al frente de los destinos de los pueblos. Político profundo, celoso defensor del principio de autoridad, y severo reformador de las costum-

bres del clero: únase á todo esto una virtud austera, y se comprenderá cuán magnífica figura es el gran Gregorio en el cuadro de los Pontífices de la edad Media.

»Ahora bien: ¿Qué es lo que la crítica censura en este Papa, que no aspiró al dominio universal como quieren sus detractores sino que trató de establecer los justos límites entre la Iglesia y el imperio? Háse pretendido formular un capítulo de culpas por haber prodigado las excomuniones, por el hecho de absolver á los vasallos de Enrique IV, del juramento de fidelidad á su soberano. Verdad es que no solamente Gregorio VII, sino otros papas de la Edad Media, y aun pasada esta, ejercieron un vasto poder sobre los príncipes temporales, á los cuales más de una vez juzgaron y excomulgaron, siguiéndose necesariamente á tal pena la abolición del juramento de fidelidad, que sus súbditos le habían prestado; y también lo es que según el derecho entonces vigente, si al cumplirse el año de la excomunión del príncipe, no era absuelto por la Santa Sede, era depuesto. ¡Cuántas acusaciones se han lanzado por estos hechos contra la Santa Sede! No solamente escritores protestantes, sino aun también algunos católicos han encontrado motivo de censuras las más severas en los hechos que acabamos de consignar. ¿Qué no se ha dicho con este motivo? Un ilustre magistrado francés, ha afirmado que el delirio de la omnipotencia temporal de los Papas inundó la Europa de sangre y de fanatismo, é indica las excomuniones impuestas á los soberanos temporales de sacrílegas ó sediciosas, y las absoluciones del juramento de fidelidad otorgadas á los pueblos por los Papas, de crímenes de lesa magestad, fulminados en San Pedro de Roma; «donde, añade, el sucesor de aquel que dijo, que su reino no era de este mundo, distribuía los cetros y las coronas; donde los ministros de un Dios de paz provocaban á la matanza á naciones enteras.» No hace aun mucho tiempo que un ilustre letrado Español, afirmó en el seno de una de nuestras primeras academias, que Gregorio VII luego que hubo conseguido la libertad de la Iglesia, aspiró á la dominación universal. Nada hay más falso de verdad. Son harto interesantes estos puntos, para que no intentemos aclararlos, dejando consignada la verdad de estos hechos, cuya importancia sube de punto en los tiempos que atravesamos, en los que nuevas y terri-